

164

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Alfredo L. Palacios
Por la Facultad

Ernesto Malaccorto
Por el Centro de Estudiantes

Edmundo G. Gagneux
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Enrique Julio Ferrarazzo
Jacobo Wainer
Por la Facultad

Máximo J. Alemann
Por el Centro de Estudiantes

José Rodríguez Tarditi
Por el Centro de Estudiantes

Año XVI

Marzo - Abril 1928

Serie II - N° 80 - 81

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

1044

164

La enseñanza de la Economía Política en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires (*)

2.—Cómo se introdujo el error en nuestra ciencia

Aprovecharemos la oportunidad para señalar de paso prácticamente uno de los aspectos más graves de la equivocación pedagógica en que incurren los profesores de economía política de esta Facultad, al abandonar deliberadamente toda consideración relativa a la historia de nuestra ciencia y a la de las doctrinas económicas: de ellas, como veremos, habría debido derivarse la orientación de la enseñanza, al precisar y definir los problemas substanciales que han sido propuestos en el curso histórico de la investigación.

Nosotros no podremos efectuar ahora sino referencias sumarias resultado del examen de esa evolución y, sin embargo, se verá en seguida cuánta luz se obtiene de ellas para comprender los verdaderos términos de la cuestión que nos preocupa.

Concepto del problema económico en los economistas preclásicos y clásicos

Toda ciencia, dice acertadamente Oppenheimer (1), constituye en su origen una síntesis de tentativas hechas para resolver cierta cuestión apremiante, *cierto problema esencial*, cuya causalidad se quiere investigar. Para explicarlo, surge una teoría, sistematización de materiales determinados, a la cual no tarda en oponerse otra que, si de problemas sociales se trata (y especialmente de problemas económicos), estará generalmente inspirada en un interés de clase, en una "voluntad de clase". Esa nueva teoría aportará nuevos puntos de vista, nuevos materiales. De esa manera se va agrupando alrededor del problema originario una suma de "saber", que

(*) Ver *Revista de Ciencias Económicas*, Febrero de 1928, página 1513 y sigts.

(1) TACOS OPPENHEIMER. — *L'Economie pure et l'economie politique*. — Giard y Bricée, París, 1924, t. I, pág. 71.

se edifica y completa lentamente, formando un sistema, una ciencia.

Para Oppenheimer, el problema alrededor del cual ha surgido y gira la economía política, es "el de la distribución de la producción total de una economía capitalista entre las tres clases de individuos: propietarios del suelo, poseedores del capital y obreros". Planteado en términos más amplios y definidos, es ése en realidad el mismo problema que se propusieron resolver los economistas preclásicos y clásicos: el de saber *cómo se origina y aumenta el producto neto, el saldo de riqueza, descontadas las salidas de las entradas, sobre el cual vive una nación. Y cómo se distribuye luego entre las diversas clases componentes de esta última.*

He ahí, pues, el problema que constituye el punto de partida histórico de la economía política: se desea saber de dónde proviene ese producto neto sobre el cual vive efectivamente la sociedad, y cómo se distribuye luego entre sus componentes. Constituye, como vemos, un *problema de conjunto*, en el cual las relaciones individuales sólo juegan accesoriamente; para resolverlo, el economista se encarára esencialmente *con los grupos o clases componentes de la sociedad*, analizará *su participación en el proceso productivo* e investigará la formación en este último del *producto neto*, del excedente sobre el cual vive la sociedad. El problema era y es en verdad digno de una ciencia y la manera cómo estos economistas lo encararon constituye para nosotros una enseñanza inapreciable, que no podrá ser descuidada si se quiere que la economía política constituya un cuerpo positivo de ciencia y no un conjunto de malabarismos verbales e ideológicos.

Veamos ahora cuáles fueron las soluciones particulares de las diversas escuelas.

Los *mercantilistas* no definieron el problema en los términos con que lo hemos planteado, pero no por ello dejó de constituir el tema real de sus investigaciones, expresado indirectamente a través de una serie de consideraciones monetarias, bancarias, comerciales, etc. Para ellos, la solución del problema debía encontrarse en el terreno de la *circulación*: así como el lucro, la ganancia de un comerciante, decían, está representada por la diferencia entre el valor de lo que él entrega y el de lo que recibe en cambio, así análogamente en las naciones la ganancia neta consiste en la diferencia entre sus importaciones y sus exportaciones. Como esa diferencia, decían, se mide en dinero, el acrecentamiento del producto neto de una nación estará en correlación con el aumento de la masa monetaria. Y, mezclando, de acuerdo con la tendencia dominante de estos economistas, la receta práctica con la consideración científica, aconsejaron en toda forma estimular el comercio internacional y, dentro de éste, el de exportación.

Los *fisiócratas* se plantean ya el problema del producto neto con plena conciencia de su existencia y de su alcance, al extremo de que "llega a constituir para ellos el problema

esencial de la economía política, al cual refieren toda la ciencia, y el lazo común de toda su doctrina” (1).

Criticando la conclusión de los mercantilistas, los fisiócratas niegan que el comercio, absolutamente estéril por naturaleza, pueda constituir la fuente del producto neto. “El comercio — dice uno de ellos, Mercier de la Riviere (2) — constituye un cambio de valores *por valores iguales*, practicado por medio de intermediarios o sin estos agentes, por el interés común de las personas que cambian, las cuales proporcionan estos valores y los cambian entre sí para consumirlos. Así, después de tal operación, *ninguno de los que cambian es más pobre o más rico de lo que era antes*, aunque ahora posea una cosa que le convenga más que la que poseía antes”. El producto neto, pues, el provecho neto, no puede engendrarse en el terreno de la circulación, ya que el cambio entre los individuos o entre las naciones el único que podrá producir será quizás una mejor distribución de la cantidad de los bienes, pero nunca podrá explicar la formación de un producto neto. Y llegan finalmente los fisiócratas a la conclusión de que esa explicación sólo podrá encontrarse si del terreno de la circulación, del cambio, nos trasladamos *al de la producción*. Dentro de este último, agregan, sólo una clase de producción da realmente origen al producto neto: la de la industria agrícola, la única verdaderamente productiva, la única que, pagado todo lo que corresponde al capital, al trabajo y a la tierra, da una ganancia neta, un excedente gratuito.

No vamos a entrar en el detalle de las ideas económicas de los fisiócratas, que encuentran su expresión en el “Tableau Economique” de Quesnay (cuyo estudio será por cierto de bastante más utilidad para los alumnos que el de aquellas “Tablas” de Menger), y que tan acertadamente han sido expuestas en la tesis de Weulersse (3), a la que referimos al lector. Señalaremos solamente el hecho, importante para nuestro estudio, de que los fisiócratas, tomando a la sociedad en su conjunto, hacen una clasificación de sus elementos componentes en clase productiva, clase de los propietarios y clase estéril, llegando a la conclusión de que las dos últimas viven de la primera, es decir, del trabajo agrícola (4). Para los fisiócratas, pues, la industria agrícola constituye la única que, además de la subsistencia de los trabajadores, produce un exceso, que constituye el producto neto sobre el cual vive la nación.

(1) BOUSQUET, *Essai*, cit., pág. 45.

(2) *L'Ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* in “*Les Physiocrates*”, edic. Daire, París, Guillaumin, 1846, t. II, pág. 544.

(3) *Le mouvement physiocratique en France de 1756 a 1770*, París, Alcan, 1910.

(4) QUESNAY. — *Analyse du Tableau Economique*, in “*Les Physiocrates*”, ed. citada de Daire, I, págs. 57-60 y 63-66.

Dentro ya de la doctrina fisiocrática se produce con Turgot una rectificación de las ideas originarias, al establecer que ese producto neto que en su concepto da exclusivamente la industria agrícola, no es en realidad resultado, como se dijo al principio, de la fertilidad de la tierra, *sino que lo es en definitiva del trabajo humano*. “El labrador recoge, además de su subsistencia (1), una riqueza independiente y disponible, que él no ha comprado y que vende. El es, pues, la única fuente de todas las riquezas que, por su circulación, animan todos los trabajos de la sociedad, *porque es el único cuyo trabajo produce un exceso sobre el salario correspondiente*”.

Adam Smith toma directamente este problema fundamental del producto neto en los términos en que lo dejan planteado los fisiócratas; esa continuidad de la investigación aparece como un hecho indiscutible aun en un estudio de las doctrinas económicas como el de Gide-Rist (2), donde con harta frecuencia se desfiguran los conceptos y se pierde el hilo de la orientación; no creemos, pues, que sea el caso de insistir a su respecto.

El aporte de Smith consiste en la demostración del error de los fisiócratas al sostener la productividad exclusiva de la agricultura o del trabajo agrícola, probando que esa productividad constituye un atributo del trabajo humano en general, cualquiera que sea la industria en que se ejercite. Recordemos aquella consideración con que comienza su libro (3): “*El trabajo anual de cada nación constituye el fondo primitivo que le proporciona todos los objetos necesarios y útiles a la vida, que ella consume cada año, y que consisten siempre, ya sea en el producto inmediato del trabajo, ya en lo que se compra con ese mismo producto a las otras naciones*”.

Los estudios y reflexiones de Adam Smith sobre algunos aspectos del problema, especialmente sobre la separación operada entre el trabajador y los medios de producción, y sobre la apropiación jurídica de estos últimos como fuente del provecho de sus propietarios, conservan actualmente todo su interés. Una ciencia tendenciosa — o simplemente conservadora por naturaleza — pasa hoy sobre ellas, limitándose a destacar los errores de Smith (a veces grandes, en especial en lo referente a la teoría del valor), pero omitiendo encararse con el problema substancial, que Smith trató con una sinceridad y valentía que obligan nuestro respeto.

(1) TURGOT. — *Reflexions sur la formation et la distribution des richesses*. — *Oeuvres de Turgot*, edic. Schelle, París, Alcan, 1913 y 1924, t. II.

(2) *Histoire des doctrines économiques*, París, Sirey, 1920, p. 64.

(3) A. SMITH. — *Richesse des Nations*, ed. Guillaumin, París, 1881, I, pág. 1.

La economía política como estudio objetivo de problemas generales o de conjunto

Smith habrá resuelto bien o mal el problema, eso no nos preocupa mayormente ahora: lo interesante es que, como hemos dicho, lo planteó con claridad y valentía. Por encima de todo, lo que deseamos destacar es cómo en las investigaciones de todos estos economistas el estudio esencial lo constituye siempre *el problema colectivo de la riqueza social*: lo que a la ciencia preocupa sobre todo es averiguar qué es y de dónde viene la riqueza sobre la cual vive efectivamente toda la nación; el estudio de las apropiaciones individuales, *de las relaciones particulares*, no le interesa sino accesoriamente; de ahí el carácter correlativamente accesorio que asumen las investigaciones sobre el valor y sobre la distribución. Solamente con Ricardo, como veremos en seguida, la investigación sobre el valor sube al primer plano, pero ello no por la importancia intrínseca del problema, sino en realidad porque mediante él le iba a ser posible a Ricardo resolver ese otro problema más vasto, más fundamental, que constituyó, como hemos visto, la preocupación esencial de sus antecesores: el del producto neto.

Para estos economistas, pues, la naturaleza del estudio que forma el objeto de nuestra ciencia "obliga siempre a tener presente en el espíritu la necesidad de tomar *el conjunto del fenómeno económico*" (1), ya que para ellos, repetimos, lo que la economía política estudia esencialmente son los problemas colectivos, los fenómenos de masa que se producen entre los diversos grupos componentes de la sociedad, no entre los individuos. Bien puede, pues, decir Bousquet, refiriéndose a esos estudiosos, que "han sido muy grandes en la manera de concebir el problema económico" (2); al lado de sus concepciones, qué diminutas resultan aquéllas que parten del individuo y hacen de las relaciones individuales, particulares, la base esencial de sus preocupaciones.

Ricardo

Si de la obra originaria de Ricardo separamos las investigaciones marginales — frecuentemente de gran importancia — lo encontraremos en seguida (no obstante algunas vacilaciones y contradicciones externas, resultado de una notoria deficiencia de exposición), frente a los mismos problemas que interesaron fundamentalmente a los economistas anteriores, y que Ricardo se plantea e intenta resolver tomándolos donde los dejó Smith, *de quien él se presenta expresamente como continuador*.

El aporte de Ricardo en esa investigación se refiere esencialmente al problema del valor, al cual fué llevado, co-

(1) BOUSQUET. — *Essai*, citado, pág. 48.

(2) Op. cit., pág. 50.

mo hemos dicho, con el propósito de utilizarlo para resolver aquel problema más vasto del producto neto. Nótese, pues, cómo el problema del valor aparece destacado en la economía clásica *como un medio para resolver el problema social del producto neto*. La actitud de Ricardo frente a los problemas económicos es, en los "Principios", substancialmente la misma que la de sus predecesores: los mismos problemas de conjunto, la misma separación de la sociedad económica en tres clases, capitalistas, propietarios de tierra y asalariados, la misma referencia esencial a los intereses superiores de la sociedad. Como ilustración elocuente de esta actitud, Arturo Labriola recuerda aquella objeción de Ricardo a James Lauderdale, quien erróneamente había pretendido encontrar la posibilidad de aumentar la riqueza social mediante la creación de valores artificiales; *haced, decía Lauderdale, que escasee el agua; escaseando, adquirirá un valor, y la sociedad se habrá enriquecido en el valor correspondiente*. "Nada de eso, contesta Ricardo: ciertamente, aquel o aquellos que posean las fuentes de agua se harán más ricos, pero se tornarán en cambio más pobres aquellos que tengan que pagar el agua *y la sociedad en su conjunto no se habrá hecho ni más pobre ni más rica*. La sociedad no vive más que de sus productos, y esos productos derivan de la capacidad de trabajo y de la productividad de los miembros que la componen. Los monopolios pueden modificar la manera como se distribuye la riqueza de una sociedad, pero, permaneciendo firmes las otras cosas, nada pueden ciertamente agregar a la *riqueza de conjunto*, y si concurren, como frecuentemente sucede, a disminuir la masa de los productos, concurren también a disminuir la riqueza de conjunto, que es la suma de los útiles. *Una sociedad no dispone para vivir sino de la masa del propio trabajo y la riqueza social no crece sino por un aumento de la capacidad productora o de la fuerza de trabajo de la sociedad*" (1).

Se vé, pues, cómo en la investigación de Ricardo existe una separación evidente entre la región del individuo y la de la sociedad, siguiendo en eso de cerca las huellas de los economistas anteriores. Esa actitud de Ricardo frente a los problemas económicos se exterioriza particularmente en su solución del problema del valor que, como hemos dicho, constituye su aporte en el problema del producto neto. Dados los límites de este trabajo, no haremos sino esbozar a grandes rasgos sus ideas, únicamente para señalar la posición de Ricardo y su manera de encarar el problema.

Ricardo (2) hace una distinción, que es fundamental, entre valor *mercantil* y valor *natural*. El primero, que es el verdadero valor de cambio, del cual se ocupan hoy principalmente casi todos los economistas, Ricardo lo trata sólo acce-

(1) A. LABRIOLA, op. cit., pág. 233.

(2) Id. op. cit., pág. 238 y siguientes.

soriamente. Dentro de su punto de vista mencionado, lo que a él le interesa es el valor *natural* de las cosas, que deriva inmediatamente de la consideración de la riqueza social *como un todo indiviso*. Esta riqueza, dice, está compuesta de *mercaderías*, es decir, de productos venales, destinados al cambio, y por consiguiente consiste en una masa de valores. Ahora bien, para resolver ese problema del producto neto, que es el problema de la diferencia entre un fondo y un producto, era necesario medir esa masa de mercaderías y expresar el valor *en una medida universal*, que permitiera tener una cifra absoluta a la cual referir el valor de todas las cosas. Más concretamente, la cuestión consistía en tomar todas las mercaderías, agregar el valor, abstraer los costos en valor de todas las mercaderías y resolver el exceso en una ganancia gratuita. Ahora bien: ¿cómo obtener esa medida? ¿qué cosa podía medir esa masa de valores?

Los mercantilistas, como ya indicamos, habían hablado del dinero: cuando crece la masa monetaria de un país, decían, el aumento constituye el producto neto; pero el dinero, como ya lo señaló Smith, es también una mercadería, que da lugar a la diferencia entre el fondo y el producto neto: por eso entra asimismo en la suma o conjunto de todos los bienes y de todas las cosas. Y bien: fuera del dinero, como medida universal de todas las cosas, no hay sino el trabajo *productivo*, es decir, el trabajo que produce *mercaderías* y se cambia no contra las ganancias, sino *contra el capital*; el trabajo constituye, en último término, el único medio que tiene la sociedad para pagar y producir.

Todos los bienes venales, concluye entonces Ricardo, tienen por valor el trabajo que han costado. La suma de los valores de los bienes mercantiles es igual a la suma de los trabajos en ella englobados. Pero esta suma está compuesta de dos partes: a) una que sirve para reintegrar los bienes consumidos y por eso expresa el valor de su trabajo; b) otra que representa un exceso sobre tal suma destinada a reintegrar los bienes de consumo de los trabajadores. Esta segunda suma representa el producto neto de la sociedad sobre el cual viven las clases que no participan en la producción mercantil; ella por eso se resuelve en trabajo apropiado gratuitamente por aquellos que adquieren el trabajo de los operarios y pagan a éstos su salario.

No es ésta la oportunidad para desarrollar esa concepción de Ricardo, no obstante la importancia de un estudio semejante para fijar el debido alcance de su tesis, tantas veces deformada posteriormente por escritores de todas las tendencias. Lo que ahora nos interesa solamente destacar es la función asignada al valor en el sistema ricardiano, en el que, según hemos visto, aparece *como un simple medio para representar al espíritu el conjunto de la riqueza de una sociedad mercantil*, prescindiendo de las diferencias concretas de los diversos valores de uso. Las divergencias de los valores

mercantiles con respecto a los valores naturales, según la terminología de Ricardo, se halla superada en una consideración social, total, de la riqueza.

Cómo se desvió la investigación

El plano lógico, pues, en el cual opera toda la Economía clásica hasta Ricardo es perfectamente definido: consiste, como hemos visto, en la consideración del hecho económico *bajo su especie social*—absoluta o natural—, con prescindencia o relegamiento de las relaciones individuales a las cuales da lugar ese hecho económico. Pero de pronto, como dijimos, por una serie de causas, de las cuales analizaremos ahora la más determinante del punto de vista científico, la investigación se sitúa en otro plano, precisamente en el de esas relaciones particulares, hasta entonces ignoradas por la ciencia o por lo menos consideradas como algo accesorio, sólo interesante en casos determinados.

Analizando las causas de ese cambio, debemos necesariamente referirnos al mismo Ricardo, ya que este último, por particular circunstancia, constituye al mismo tiempo la expresión más destacada de ese criterio clásico a que nos hemos estado refiriendo y el punto de arranque de la invasión de la Economía por un elemento extraño a ella, que iba a producir casi su disolución. La obra de Ricardo encierra o comprende, pues, dos momentos definidos: el primero, primero también en el tiempo, en que Ricardo aparece como un continuador de los economistas clásicos, preocupado por sus mismos problemas. En el segundo, las concepciones de Ricardo sufren un cambio de frente fundamental, como resultado inmediato de la influencia determinante del filósofo Bentham, cuyas teorías abstractas fueron infiltrándose lentamente en las ideas de Ricardo — que carecía de la cultura integral necesaria para analizarlas debidamente — hasta que llega un momento en que, sin apercibirse casi, se ve obligado, una vez aceptadas las premisas iniciales, a adoptarlas en su concatenación lógica, con el consiguiente cambio de frente o de plano para su investigación.

Esta influencia de Bentham sobre Ricardo es, como hemos dicho, fundamental, y puede asegurarse que será imposible comprender al Ricardo de la segunda época si no nos referimos a su fuente inmediata, Bentham, ya que, en un determinado momento, aquél no quiere sino hacer de la Economía Política la aplicación de las teorías utilitarias de Bentham a un determinado campo de los conocimientos (1).

No es nuestro propósito exponer, en esta ocasión, la doctrina filosófica de Bentham; sólo diremos a su respecto que Bentham se representa todo el espectáculo de la vida humana como una lucha constante del hombre para conseguir el placer y evitar el dolor, de la cual deduce su principio de la

(1) A. LABRIOLA, op. cit., pág. 260 y siguientes.

utilidad como norma invariable de la conducta humana. Para Bentham, la utilidad es un término abstracto, que representa o expresa la propiedad o tendencia de una cosa para preservar de algún mal o producir algún bien. La Ciencia de la Utilidad, la Hedonística general, la ciencia del mal y del bien, del placer y de las penas, forman para él el fundamento teórico de todas las ciencias que estudian las acciones humanas, ya que cada una de ellas constituye el estudio de un aspecto particular de ese conflicto.

Nótense especialmente ahora estas ideas que siguen, porque en ellas se encuentra el punto de arranque de esa desviación a que nos hemos referido: elemento importante de esa Hedonística General de Bentham, de esa ciencia de la Utilidad, lo constituye lo que él llama cálculo moral o aritmética hedonística, es decir, la comparación entre los placeres y las penas, el cálculo de la relación exacta en que se encuentran, en una determinada situación, el placer y la pena. ¿Cómo se efectúa ese cálculo? Poniendo frente a frente el valor de la pena con el valor del placer: *valor contra valor*. Porque, dice Bentham, no hay razón lógica para limitar *el principio del valor* a una especie de bienes, los económicos: el valor, afirma, es *una noción que comprende toda clase de acciones humanas*, y el cálculo que se hace en materia económica se puede repetir aún para las acciones no estrictamente económicas. Ilustración elocuente de esta idea la constituye la famosa aplicación del cálculo moral a la legislación, que convierte a esta última "en una cuestión de aritmética": el daño, por ejemplo, que se ocasiona, es el *costo*; el bien que se origina, la *remuneración*. Y las reglas de este cálculo, dice, son las mismas que las de cualquier otro cálculo.

Las consecuencias de la aplicación de las ideas de Bentham a la economía política son fácilmente discernibles. Desaparece, por de pronto, esa consideración del hecho económico como un fenómeno colectivo, como un problema de conjunto. Y el valor deja de ser esa medida de la riqueza social, para tornarse *la consecuencia de una relación individual entre el hombre y la cosa*. ¿Qué constituirá, por ejemplo, dentro de esas nuevas ideas, el valor de un fundo de tierra? Simplemente, *la suma de los placeres que de él se puede obtener*. Fácil es imaginar cuál será el resto de las preocupaciones que lógicamente van surgiendo alrededor de un problema de esa manera planteado: ese valor que para uno tiene el fundo variará según la duración más o menos larga de la posesión que se puede asegurar, según la proximidad o lejanía de la época en la cual se podrán recibir los frutos, según la certidumbre o incertidumbre de la posesión: Gossen y Menger se encargarán en seguida de profundizar hasta el detalle estas preocupaciones. Y la misma cosa se puede decir de los otros bienes. Lo esencial, para esta concepción, es exponer convenientemente una teoría del valor en la cual entren todos los casos sometidos al análisis.

Aparte de las razones gnoseológicas expuestas al co-

mienzo de este artículo, podemos ya señalar, dentro de esta rápida referencia de la evolución de nuestra ciencia que estamos realizando, la raíz íntima del equívoco que significa la aplicación de estas ideas en el terreno tradicional de la Economía Política. Dentro de la manera especial como los economistas clásicos se planteaban los problemas de su ciencia, la palabra *valor* fué aplicada con un sentido particular, diferente del de la *psicología común*: para esos economistas, como hemos visto, valor en Economía quería decir *unidad indiferenciada de la riqueza social, medida de la riqueza del punto de vista social*, obtenida para resolver el problema social del producto neto. Recordemos a este respecto aquellas conclusiones relativas a la base de igualdad que fué necesaria para la aparición gradual de las categorías económicas. Y la categoría económica por excelencia, la idea de valor, adquiere recién su sentido completo, como hemos podido verlo, cuando la vida económica llega a un punto tal de su evolución que la mente humana se encuentra en condiciones de poder destacar la existencia común de todos los hechos y de todos los actos que constituyen la Economía. Esto llega a conseguirse, como vimos, mediante la idea de valor, considerando a este último como la igualdad de todas las cosas.

Pero sucedió que la palabra "valor", al mismo tiempo que ese significado particular que le atribuía la ciencia económica, era común a una serie de otros fenómenos, en los cuales su significado tradicional era completamente psicológico. En la psicología común, el valor era la *importancia* de una cosa y por eso también el grado de su *deseabilidad*. Esa importancia y esa deseabilidad no se aplicaban solamente a los bienes económicos, sino que eran asimismo comunes a los bienes superiores de la existencia: lo Bueno, lo Bello, lo Equitativo, etc. Y de ahí derivó el equívoco: el estudioso que venía de otras ciencias y, posteriormente, el mismo economista, no reflexionaron, como dice Labriola, que el uso de un nombre no implica el uso del concepto y que la lengua está llena de ilogismos de este género, sino que atraídos por la analogía que creían encontrar entre el valor de la vida económica y cualquier otro género y manifestaciones del fenómeno, consideraron la teoría del valor económico *como un caso o una variante de la ciencia genérica del valor*, esto es, de la ciencia de la Importancia y de la Deseabilidad. De esa manera fueron transportados en peso a la ciencia económica los problemas de la psicología ordinaria, ya examinados y resueltos de tiempo atrás por ésta. Poco a poco, la economía política fué transformada en una rama de la Psicología, después en una rama de la teoría de la Cantidad (Matemática y Física), y lo característico de los problemas económicos, *tal como la tradición histórica de la ciencia lo había ido presentando*, acabó así por ser completamente olvidado.

Esa que hemos explicado constituye la causa más inmediata del cambio; existen otras concurrentes, entre las cuales corresponde mencionar en primer término la reacción ex-

plicable de los teóricos, conservadores unos por naturaleza, servidores otros, también por naturaleza, del régimen capitalista, contra unas doctrinas que en manos de algunos escritores socialistas habían servido de fundamento para atacar las bases del régimen existente (como si fueran las doctrinas económicas las que inspiraran los movimientos sociales): se trató entonces de apartar la investigación de ese peligroso terreno crítico, orientándola hacia las preocupaciones inocentes de la economía del cambio, que no se plantea cuestiones indiscretas. Pero como no queremos ocuparnos en este trabajo sino del aspecto científico de la cuestión, dejamos para distinta oportunidad el examen de esas otras consideraciones, limitándonos ahora a señalar cómo la investigación esencial de las escuelas preclásica y clásica se orienta en el sentido recto que hemos mostrado al comienzo de este artículo, considerando substancialmente al proplema económico como un problema general, de conjunto, que debía ser tratado mediante una visión también de conjunto de los fenómenos económicos colectivos que lo constituyen, y cómo se introdujo luego el error en nuestra ciencia, cuando del estudio de esas relaciones de conjunto se pasó al de las relaciones particulares, contingentes, a las cuales da lugar el hecho económico. Como resultado de ese cambio, lo que antes era accesorio, el problema de las *razones de cambio*, subió al primer plano de la investigación. Dejando de lado aquel problema substancial del valor, renunciando a comprender qué es el valor, la economía política se dió a meditar sobre el mecanismo en que los bienes (a los cuales por el hecho de haber entrado en el mercado considera ya valores, sin preocuparse de *qué es lo que los hace valores*) funcionan en el cambio. La Ciencia del Valor fué así transformada en la no por frondosa menos diminuta Ciencia de los Cambios.

La concepción que partiendo de las premisas de Gossen y de Menger lleva a los economistas a realizar una construcción netamente individualista de la Economía referida esencialmente al problema de los cambios, da lugar a la constitución de toda una escuela, la llamada *psicológica o austriaca*, actualmente poco menos que inexistente, y origina asimismo la primera forma de la *escuela matemática*, también hoy en pleno proceso de disolución. No vamos a detenernos en esta oportunidad en mayores consideraciones acerca de las ideas de la primera de esas escuelas, que por otra parte tienen actualmente un carácter casi exclusivamente anecdótico: nos basta destacar su actitud esencial frente a los problemas económicos, cuyo error fundamental hemos explicado; añadiremos solamente que esa actitud se ha mantenido en lo substancial. Bousquet, en un estudio crítico sobre la economía política pura (1), después de observar que la escuela matemática, tal como la orientaron sus fundadores, no puede hoy en manera alguna inspirar la tan urgente renovación de

(1) G. BOUSQUET. — *Critique de l'économie politique pure in Revue d'Economie Politique*, 1926, pág. 1166.

nuestra ciencia, agrega: “¿La escuela austriaca podrá proporcionarnos lo que la escuela de Lausanne es incapaz de dar? No. En la hora actual, ella se encuentra igualmente detenida en la marcha deductiva de su razonamiento, y comprímida en el cuadro en que la encerró Carlos Menger”.

En cuanto a la escuela matemática y su variante la teoría del equilibrio, como su consideración está íntimamente ligada a la crítica del método matemático en economía política, vamos a considerarla, alterando el orden lógico en aras de la claridad de exposición, juntamente con ella, en el capítulo próximo, el cual estará, por consiguiente, destinado exclusivamente al estudio de esas tres cuestiones.

CAPITULO II

EL ERROR METODOLOGICO. — CRITICA DE LA ESCUELA MATEMATICA

Hemos visto en el capítulo anterior cuáles eran los problemas *generales, de conjunto*, que ocupaban fundamentalmente la atención de los economistas preclásicos y clásicos: de acuerdo con su actitud objetiva frente a los mismos, vimos cómo las relaciones particulares, las relaciones especiales y contingentes en que se cambiaban las mercaderías, en una palabra, el *problema de las razones de cambio*, no era considerado por ellos sino en forma accesoria, para ilustrar algún caso particular. Pero cuando, como resultado de la desviación cuyas causas teóricas analizamos, la investigación fué trasladada de esos problemas de conjunto al estudio primordial de la economía individual, de las relaciones particulares, el problema de los cambios, de las razones de cambio, subió lógicamente, como hemos dicho, al primer plano. Con tal carácter fué encarado por la escuela llamada matemática, que hizo de él el eje de la teoría económica.

Al estudiar las teorías de la escuela matemática, se impone efectuar *ab initio* una distinción importante dentro de esta última. Para unos economistas, en efecto, la economía política debe ser esencialmente considerada como una teoría de la cantidad, *como una matemática aplicada*: tal parece ser, como veremos, el concepto de uno de los profesores de esta Facultad. Otros, cambio, asignan a las matemáticas en economía un papel más reducido: encuentran que, por su naturaleza, el lenguaje matemático permite expresar, más acabadamente que con el lenguaje común, aspectos esenciales de la vida económica (1). Se vé, pues, la distancia que media entre una y otra concepción. Dentro de la de los primeros, la economía política es, por sí misma, una ciencia formal, *una ciencia matemática*, es decir, está constituida esencialmente por el estudio de las relaciones *cuantitativas* que existen entre los fenómenos económicos; para la de los se-

(1) BOUSQUET. — *Essai*, cit., pág. 225.

gundos, en cambio, las fórmulas matemáticas son aplicadas por una *simple razón de método*, para exponer más adecuadamente lo que el lenguaje común resulta a veces insuficiente para expresar. Para los últimos, pues, se trata sólo de la utilización de las matemáticas como *instrumento*; la cuestión que plantean los primeros, por el contrario, implica un problema de fondo, que debe ser analizado con detenimiento, ya que afecta profundamente a la naturaleza de nuestra ciencia.

1.—La economía política considerada como una matemática aplicada.

Los lectores que han seguido el rápido análisis efectuado en la primera parte de este estudio acerca de la modificación substancial producida en el pensamiento de Ricardo como resultado de la influencia de Bentham, podrán imaginar fácilmente la confusión que debió traer en el campo de la ciencia el cambio de frente operado en la investigación ricardiana. Ese cambio, que repercutió sobre todos los estudios económicos, produjo en la ciencia un estado de verdadera confusión, como resultado de la mezcla de los dos puntos de vista, totalmente antagónicos, a que hemos hecho referencia.

La necesidad de introducir el orden en ese caos, llegó a hacerse evidente. Semejante empresa fué tentada, alrededor de 1835, por un ingeniero-filósofo, mejor quizás, por un filósofo ingeniero, *Agustín A. Cournot*, el cual, en su obra *Recherches sur les principes mathématiques de la théorie des richesses*, aparecida en 1838, trató de disciplinar los estudios económicos y creyó posible realizarlo mediante el tratamiento matemático de la economía política.

Hemos señalado expresamente la procedencia de Cournot: éste, como más tarde Pareto, Barone y otros, fué a la economía *partiendo de los estudios matemáticos*, es decir, con una educación, con una disciplina intelectual esencialmente matemática. Se explica, pues, que en grado superior hayan debido experimentar estos teóricos esa tendencia general, señalada por Mach, “*a buscar por doquiera que sea posible la conexión entre lo cuantitativo y lo cualitativo y, sucesivamente, la tentativa de reducir todo cualitativo a un cuantitativo*”.

Impulsado visiblemente por esa tendencia, Cournot se encaró con la economía política, en la cual, dejando de lado todas aquellas preocupaciones de los economistas anteriores, que giraban alrededor del problema tradicional del producto neto, vió únicamente, en definitiva, un problema de cambio, susceptible de ser tratado matemáticamente. Veamos de qué manera:

“Para nosotros, dice Cournot (1), un cuerpo está en

(1) *Biblioteca dell'Economista*, serie III, tomo II, pág. 79 y sig.

movimiento cuando cambia de posición respecto a otros cuerpos que consideramos fijos. Si en dos épocas observamos un mismo sistema de puntos materiales, y en la segunda observación encontramos que la posición respectiva de los puntos de un sistema ha cambiado, veremos que algunos o todos estos puntos se han movido; pero si podemos referirlos a otros puntos, que para nosotros están perfectamente fijos, nos es en principio imposible establecer conclusiones sobre el movimiento o sobre la inmovilidad de cada uno de los puntos del sistema particular. Mientras tanto, si todos los puntos del sistema, con excepción de uno, no se hubiesen movido de su posición relativa, admitiremos como cosa probable que este punto único se haya movido, a menos que los otros componentes del sistema estén ligados de tal manera que no puedan moverse aisladamente... *En lo que precede hemos considerado al movimiento como una relación geométrica, como un cambio de posición, haciendo abstracción de cualquier idea de causa o de fuerza motriz*".

Y bien, estas consideraciones, que pudieron ser aplicadas con éxito en la explicación del movimiento planetario, Cournot las emplea directamente en la ciencia económica, y dice: "de la misma manera que no podemos determinar la posición de un punto si no es refiriéndolo a otros puntos, *no podemos determinar el valor de una mercadería sino respecto a otra mercadería, y en este sentido no existen sino valores relativos*... Cuando los valores cambian, la causa de ese cambio puede estar en uno o en otro de los dos términos, o en ambos... Así como se puede hacer diferentes hipótesis sobre el movimiento absoluto del cual resulta el movimiento relativo observado en un sistema de puntos, lo mismo se puede hacer con el valor. Si todas las mercaderías, excepto una, conservasen su valor, esta última sería la causa del cambio". Esa situación de dependencia mutua, existente en el cambio, es reflejada mediante una ecuación algebraica, base de ulteriores deducciones.

Antes de pasar adelante señalemos cómo la concepción de la economía matemática implica el mantenimiento de esa desviación producida con respecto al núcleo tradicional de la ciencia: Cournot, y con él toda la economía matemática posterior, concretado a resolver la ecuación de las relaciones particulares de cambio, *renuncia de hecho a la investigación sobre el problema del valor*: en la ecuación matemática del cambio, en efecto, los bienes, por el hecho de haber entrado en el mercado, son ya valores. Inútil será en lo sucesivo preguntarse, como lo hicieron Smith y Ricardo para resolver el problema del producto neto, *qué es lo que los hace valores*. La economía matemática no está en condiciones de contestar esa pregunta: lo que ella puede hacer es "solamente examinar las leyes que dominan los bienes en el cambio, *las regularidades* que se observan cuando los bienes se cambian entre sí". El problema fundamental de la economía política queda así esfumado, eliminado.

León Walras y el concepto del equilibrio económico

Walras perfecciona y amplía notablemente las conclusiones de Cournot. En sus ecuaciones del cambio figuran ya todos los elementos de la relación particular: como datos, las mercaderías y *los gustos de los individuos*, representados mediante la ley de Gossen (es decir, esencialmente por el principio de que cada individuo detiene sus cambios en el momento en que los grados finales de utilidad de las diversas mercaderías que posee — cuyos grados finales se expresan matemáticamente como la *derivada* del placer procurado por las mercaderías — son iguales), y como incógnitas las cantidades cambiadas y los precios. Cuando concurren las tres condiciones siguientes: a) que cada uno de los permutantes siga el principio de Gossen; b) que los gastos y las entradas de cada individuo sean iguales y c) que la cantidad total de las mercaderías cambiadas no varíe durante el cambio, esa ecuación de cambio expresa un estado de equilibrio.

Mediante esta primera aproximación, Walras expresa, pues, la situación de todo el mercado económico, a través de sus dos manifestaciones esenciales: mercado de los servicios y mercado de los productos (1): a) en el mercado de los *servicios*, los que cambian son “los propietarios de tierras, los trabajadores y los capitalistas como *vendedores* y los empresarios (la concepción del empresario “que no obtiene pérdidas ni ganancias” constituye uno de los aportes originales de Walras) como compradores de servicios productores, es decir, de renta, de trabajo y de provecho”; b) en el mercado de *productos* “se encuentran los empresarios como vendedores y los propietarios de tierra, trabajadores y capitalistas como compradores de productos”. En ambos mercados teóricos se cambia siguiendo el mecanismo de la libre concurrencia, con intervención de numerario.

Después de haber expuesto las líneas generales de los dos mercados, Walras pasa a definir el estado de equilibrio de la producción “que, contenido implícitamente en el estado de equilibrio del cambio, es ahora fácil de definir. Constituye, por lo pronto, aquel estado en que la oferta y la demanda efectiva de los servicios productores son iguales, y en el que hay precio corriente estacionario, en el mercado de los servicios; es aquel, además, en que la oferta y la demanda efectiva de los productos son iguales y en el que hay precio corriente estacionario en el mercado de los productos. Es aquel, en fin, en el que el precio de venta de los productos es igual a su precio de reventa en servicios productores. Las dos primeras condiciones se refieren propiamente al equilibrio del cambio; la tercera, especialmente al equilibrio de la producción”. Este estado de equilibrio de la produc-

(1) *Elements d'économie pure*, 3ª edición, Lausanne, 1896, págs. 210-215.

ción es, como el del cambio, un estado ideal, que se realizaría si los cambios se efectuaran en un régimen de libre concurrencia absoluta.

Se vé en seguida que, en realidad, Walras, con su principio del equilibrio, no nos enseña nada que no supiéramos ya: en el fondo, el *Tableau Economique*, de Quesnay, a que nos hemos referido, es una expresión de esa misma situación, en nuestro concepto más exacta — dentro de sus imperfecciones — en cuanto más concreta, que ésta de Walras. Lo que este último logra destacar más acabadamente es el estado de mutua dependencia, de determinación recíproca en que se encuentran los elementos del cambio, y eso merced especialmente a la utilización del método matemático, que permite representar fielmente ese estado mediante un sistema de ecuaciones a resolver *simultáneamente*. Pero, adelantémonos desde ya a decirlo, el sistema de las ecuaciones de equilibrio no constituye, en el pensamiento de Walras, sino *un símbolo* para representar adecuadamente esa dependencia recíproca en que se encuentran las diversas partes del organismo económico: en manera alguna pretende ser reflejo de la realidad, ya que el equilibrio estático sólo se realiza en el régimen de libre concurrencia absoluta a que hace referencia Walras.

Pareto, y la independización de la ley de Gossen

Wilfredo Pareto perfecciona en cierto sentido la obra de Walras. Su contribución más original está en nuestro concepto representada por la substitución que efectúa del elemento “causa *subjectiva* de la elección”, la ofelinidad que procura el medio, por el hecho *objetivo* de esa elección: es su conocida teoría de las curvas de elección: en ella (1), la economía matemática deja de lado, como lastre inútil, la ley de Gossen, separándose con ello de las concepciones de la escuela austriaca; en lo sucesivo, la teoría constatará únicamente el hecho de que los hombres eligen ciertas combinaciones de bienes con preferencia a otras: el conjunto de estas series de combinaciones nos da las reacciones del individuo sobre el mercado, cualesquiera que puedan ser las razones personales de su elección. Ello significa, pues, la eliminación por parte de la economía matemática de toda consideración psicológica, que mereció, por cierto, los reproches de Pantaleoni (2).

Crítica

Para ratificar y aclarar algunas ideas expuestas en el capítulo I de este trabajo, nuestra crítica de la escuela matemática va a comprender, además del análisis de la concep-

(1) PARETO. — *Cours d'économie politique*. París, 1909, pág. 539. (Apéndice).

(2) PANTALEONI. — *In occasione della morte di Pareto: riflessione*. — *Gion. dell'Ec.*, 1924, págs. 16 y 17.

ción de la economía política con una ciencia matemática, la consideración relativa a la legitimidad del contenido que esa escuela asigna a nuestra ciencia, de la que pasamos a ocuparnos en primer término.

A) Contenido que asigna a la economía política la escuela matemática.

En el curso de este capítulo hemos adelantado ya varias ideas a este respecto, que han podido ser confirmadas con la exposición de las concepciones fundamentales de la economía matemática. Esta última, como hemos visto, concretada esencialmente al estudio de las razones de cambio (en sentido amplio), renuncia a encarar y resolver problemas fundamentales de la economía, cuyo alcance hemos señalado en los dos capítulos anteriores. Por de pronto, ella, como hemos visto, no se preocupa — no podía preocuparse, dada su manera de plantear el problema — de la naturaleza del valor: los bienes son para ella valores por el solo hecho de entrar en el mercado. Lo único que le interesa es saber *cómo se cambian*. Da por supuestas *las condiciones iniciales* de los sujetos económicos, entrando de lleno al estudio de sus variaciones: *quedamos, pues, a oscuras sobre todo lo relativo a esas condiciones iniciales*, no se nos dice cómo se han producido y cómo han llegado hasta nosotros. La economía matemática, pues, por la misma forma de encarar el problema, *queda siempre en la superficie de las cosas, en lo formal del fenómeno económico*: merced a ello, habrá podido llegar a ser muy matemática, pero, por ello también, *queda en definitiva concretada a la consideración de un aspecto accesorio y marginal de la ciencia económica*.

Queremos, además, destacar una observación importante, para aclarar las ideas: no se piense que, en el fondo, la economía matemática del equilibrio signifique un tratamiento de esos problemas generales, colectivos, que hemos destacado como objeto esencial de nuestra ciencia: en último término, las teorías de los equilibristas se construyen *partiendo*— expresa o implícitamente— *de una concepción individualista*: como ya lo señaló Pantaleoni (1), la construcción de la idea de equilibrio se realiza *a base de consideraciones individuales*, y bien puede ser correlacionada, en ese sentido, con la idea de valor (subjetivo): si se construye la economía como una ciencia del valor (ya sabemos el contenido subjetivo que para Pantaleoni tiene esta expresión), se verá que los individuos, impulsados por el principio hedónico, *continuarán sus movimientos hasta que sea alcanzada una posición de equilibrio*. Según Pantaleoni, pues, el hedonismo bien comprendido conduce al equilibrio, así como el equilibrio supo-

(1) Reglas que deben guiar la historia de las doctrinas económicas. — *Erotemi*, I y sig., pág. 223.

ne el hedonismo. Igual concepción encontramos en Moret (1): el individuo, en su acción económica, entra en relación con otros y "tiende entonces a establecerse un equilibrio tal que cada individuo realice con los medios de que dispone la más grande satisfacción de sus necesidades compatible con la satisfacción equivalente — permaneciendo iguales todas las demás cosas — de los deseos de los demás permutantes".

Se vé, por consiguiente, el contenido individual que tiene la concepción del equilibrio: en el fondo, la teoría económica que con ella se construye no significa, pues, sino una variante del subjetivismo económico, que tanto aquí como ya en Gossen, parte inmediatamente de la consideración de las relaciones particulares, de las acciones individuales de los sujetos económicos que, consideradas de esa manera a semejanza de moléculas y, puestas unas al lado de las otras, dan lugar a la constitución del organismo económico. La analogía que tanto satisfizo a Pareto (2) entre el equilibrio económico y el equilibrio mecánico, exterioriza elocuentemente esta concepción de la sociedad económica como *un conjunto de individuos*, cada uno de los cuales, por su cuenta, y obedeciendo a los mismos motivos egoístas, tiende a satisfacer sus propias necesidades.

Todo lo que trasciende, pues, de los problemas de economía *individual* expresados en las razones de cambio (en el concepto amplio referido), escapa a la acción de la economía matemática. La organización fundamental de las clases y la jerarquía económica, quedan completamente ignoradas por ella, como lo quedan el problema esencial del valor y, correlativamente, aquel tradicional del producto neto, objeto inmediato de la investigación de los economistas preclásicos y clásicos.

Hay evidentemente en ello una mutilación, más aun, una verdadera substitución del contenido propio de nuestra ciencia, que en manera alguna puede ser aceptada. La sociedad económica, en la cual se producen los fenómenos de nuestra ciencia, *no puede ser concebida como un complejo de unidades, no puede ser explicada con el puro atomismo económico*: la naturaleza social de los fenómenos respectivos les imprime características especiales, esenciales para nuestro estudio y que, como hemos dicho, quedarán permanentemente ignoradas por la escuela matemática, la cual, por naturaleza, está incapacitada para tomarlas en cuenta.

La economía matemática del equilibrio es susceptible además de una serie de críticas particulares, a las que nos referiremos brevemente.

(1) JACQUES MORET. — *L'emploi des math. en ec. politique.* — París, 1915, pág. 22 y sig.

(2) PARETO. — *Cours d'ec. polit.* — Lausanne, 1897, tomo II, página 12.

La economía matemática y la realidad económica

La economía matemática del equilibrio es susceptible, por de pronto, de un reparo fundamental, en cuanto ha pretendido constituir una reproducción aproximada de la realidad económica: nos referimos a la circunstancia de que las ecuaciones de equilibrio, obligadas a suponer la invariabilidad de los factores que las integran, *no pueden expresar, por consiguiente, sino un estado de equilibrio estático*, cuando es así que *la fórmula de la realidad es el dinamismo*.

“La economía matemática — leemos en el citado trabajo del doctor Gondra (1) — *sólo ha considerado hasta el presente el problema estático del equilibrio*”. Sólo lo ha considerado, *porque es el único que ella podía tratar*: el equilibrio dinámico no es susceptible de ser tratado por la economía matemática, que carece del instrumental necesario al efecto.

Considerando la situación desde otro punto de vista, diremos que aunque la economía matemática no pretendiera constituir un reflejo aproximado de la realidad, sino que se limitara a afirmar simplemente que, por ser construcción de economía pura, está obligada a simplificar extraordinariamente esa realidad, cabe contestarle que lo que ella hace no es por cierto *simplificar*, sino *falsificar* esa realidad. El principio de equilibrio podrá constituir, en último término, *un símbolo adecuado* para expresar la interdependencia existente entre los factores económicos, *pero nada más*. Cuando la economía matemática pretende que representa una simplificación de la realidad, susceptible de ulteriores desarrollos por deducción, comete un error fundamental, que vicia originariamente todas sus teorías.

Las construcciones teóricas de la economía pura, si quieren ser científicas, *tendrán necesariamente que mantenerse en contacto con la realidad concreta*. La despreocupación que, a este respecto, muestran los economistas matemáticos auténticos, muestra claramente hasta qué punto, en la mayoría de los casos, lo que a ellos preocupa es en definitiva la obra matemática y no la económica.

La economía matemática construye sólo a base del “homo economicus”

La pretensión de querer tornar matemática una ciencia social, una ciencia *real*, como es la economía política, ha llevado a la escuela de Lausanne, como hemos visto, a falsear y deformar la realidad; un aspecto particular de esa deformación lo constituye el empleo de aquel antiguo esquema, el “homo economicus”, cuyos gustos dijimos que figuran en sus ecuaciones, expresados matemáticamente, mediante la ley de

(1) LUIS R. GONDRA. — *La economía pura*. — En *Anales Fac. C. E.*, 1919, pág. 123.

Gossen, como *derivadas* del placer procurado por las mercaderías.

La psicología, pues, que utiliza la escuela matemática es siempre aquella vieja psicología *económica* de Menger y Gossen. Solamente con Pareto se produce una variación, mediante la introducción recordada de las funciones índices, pero eso, como hemos visto, con el fin de dar precisamente a la ecuación un mayor carácter de objetividad: en definitiva, los gustos son tomados siempre como *datos*, e incluidos de esa manera como una expresión matemática cualquiera.

Este procedimiento simplista no puede ya admitirse. Esos *gustos* de los hombres, esos sentimientos que la economía matemática reduce y simplifica de tal manera, *juegan un papel esencial en la vida económica*. Si en lugar, pues, de una fórmula totalmente vacía de significado positivo quiere tenerse una noción aproximada de la realidad, será menester tener esencialmente en cuenta las condiciones psicológicas necesarias, eliminando la hipótesis, ya inservible por su simplicidad excesiva, del "homo economicus". Bousquet, el autor citado, cuyas conclusiones a este respecto no compartimos íntegramente, pero que consideramos interesante, citar como expresión de un modo de sentir ya común en la ciencia, ha escrito recientemente (1): "Un examen atento de las cosas muestra cómo la economía futura deberá tomar en cuenta un *equilibrio psicológico*, más bien que un equilibrio de mercaderías". Y aclara esa idea, a la que podría asignarse un significado únicamente subjetivo: "El estado de espíritu *de los hombres* es lo fundamental, los hechos económicos son la consecuencia, los hechos monetarios el epifenómeno".

Basta por ahora con esto. Como en la última parte de este estudio nos referimos a la validez de la economía pura, complementaremos en esa oportunidad nuestra crítica de este aspecto de la economía matemática.

El aporte del principio de equilibrio

¿En qué consiste, pues, en definitiva el aporte real del principio del equilibrio económico en el estudio de nuestra ciencia? En las breves consideraciones expuestas ha quedado definido de una manera general: ese principio ha permitido mostrar claramente la situación de mutua dependencia en que se encuentran, dentro de las relaciones de cambio, los factores esenciales que en ellas intervienen. Expresado mediante un sistema de ecuaciones a resolver simultáneamente, constituye un símbolo perfecto para representar esa situación. Pero ahí termina su utilidad.

"La noción de equilibrio, dice Bousquet (2), descubre la *naturaleza* de ciertos hechos, sospechados pero no aclarados por la escuela clásica, ya que las matemáticas constitu-

(1) *Critique de l'ec. pure*, cit., pág. 1166.

(2) *Essai*, cit., pág. 278.

yen el único lenguaje que permite expresar rigurosamente las relaciones de dependencia mutua. *Pero esto es todo*. No hay nada más, en el nuevo simbolismo introducido por la escuela de Lausanne. Es menester, pues, no dejarse impresionar por el equilibrio estático de los matemáticos. *El no nos enseña nada sobre los hechos*".

B) ¿Puede considerarse la economía política como una ciencia matemática?

"De todo lo dicho infiérese que la economía política es una disciplina científica esencialmente "abstracta, "una matemática aplicada". — LUIS ROQUE GONDRA, *Anales Fac. C. E.*, 1919, pág. 107.

Los economistas matemáticos auténticos, venidos de otra ciencia, cometieron el error originario, ya señalado, de no haber sabido discernir cuál era el cauce tradicional de la investigación, y de haber reducido esta última al estudio de las razones de cambio, totalmente accesorio en economía política. Y luego, tomado ya el camino desviado, incurrieron en una segunda equivocación: del medio, las matemáticas, llegaron a hacer *un fin*. La base para ello la constituyeron las ecuaciones de equilibrio propuestas por Walras, desarrolladas por ulteriores deducciones. Cuando, olvidando el papel de simple símbolo que en definitiva cabe asignar, como hemos visto, al principio de equilibrio, los economistas matemáticos pretendieron erigirlo en fundamento para posteriores deducciones teóricas por vía matemática, *lo que ellos hicieron en definitiva fué pura matemática*, en lugar de economía política. La manera, por ejemplo, cómo Pareto trata los problemas de equilibrio en el régimen de monopolio y en el colectivista, constituyen expresión elocuente de ese momento en el tratamiento matemático de nuestra ciencia, en el cual las matemáticas, en lugar de ser instrumento, pasan a constituir un verdadero fin del estudio. Se opera así la transmutación completa del contenido de la economía política: ésta, como es consigna en la cita transcripta al margen, se torna una ciencia matemática, una matemática aplicada: pero, eso sí, a costa de dejar definitivamente de ser economía política.

Pero los economistas matemáticos rechazan el reproche, e insisten en que siguen de cerca la realidad concreta. "Por lo expuesto—leemos en el trabajo del Dr. Gondra (1)—, fácilmente se echa de ver que esta teoría representa *un grado de aproximación a la verdad*, harto mayor que el de las teorías no matemáticas, *en cuanto mira a proporcionar* (lográndolo en buena parte) *una imagen tan fiel como es posible de la realidad económica*". A propósito de esa pretensión de la es-

(1) Trabajo cit. en *Anales Fac. C. E.*, 1919, pág. 122.

cuela matemática, considero de interés recordar un substancial artículo del Dr. Hugo Broggi, profesor de matemáticas en esta Facultad, publicado con motivo del homenaje rendido a Pareto, cuya lectura recomendamos especialmente (1), y donde leemos al respecto: "Pero hay otra falla incompáramente más grave: es la absoluta impotencia de la teoría para resolver cualquier problema concreto, es decir, para darnos cualquier proposición económica de carácter particular. A la pregunta: cuáles factores influyen principalmente sobre un fenómeno económico determinado, y cuál es la acción de cada uno de estos factores, pregunta que constituye la razón de ser de la economía y que, en resumidas cuentas, es del tipo de toda pregunta de carácter científico, contesta la economía pura de la escuela de Lausanne, invariablemente: todo está en todo, y defiriendo la contestación para el día, que nunca llegará, en que se puedan escribir y resolver los centenares de millares, o millones, de ecuaciones, que por ahora constituyen un perfecto misterio".

En ese trabajo, el profesor Broggi mostró acabadamente el error fundamental en que se incurre al pretender resolver matemáticamente las ecuaciones de la economía, cuyo carácter complejo no les permite adaptarse al instrumental insuficiente que aquéllas pueden proporcionar. Particularmente interesante nos resulta su demostración de la confusión en que se incurre al pretender establecer una analogía entre las ecuaciones de la economía y las de la mecánica, conforme lo sostuvo Pareto: "Si procediéramos en mecánica—dijo—como Pareto y sus discípulos aconsejan que se proceda en economía, deberíamos escribir las condiciones de equilibrio del universo, que incluirían, como ya observaba, las de la cadena. Hecho lo cual, nos quedaríamos como atontados en presencia del perfecto berenjenal en que nos habríamos metido y seguiríamos ignorando la configuración de equilibrio de nuestra cadena. La ciencia de la mecánica no existiría."

Las consideraciones del Dr. Broggi no han sido refutadas hasta la fecha. Nosotros, que no somos matemáticos, debemos, pues, tenerlas por buenas. A ellas referimos por consiguiente al lector.

Otro camino para llegar a la conclusión de que la economía política es una ciencia matemática, es aquel tomado por Jevons. "En mi concepto, dice Jevons (2), *nuestra ciencia debe ser necesariamente matemática, simplemente porque trata de cantidades*. Toda vez que las cosas de que se trata son susceptibles de ser *más grandes o más pequeñas*, las leyes y las relaciones deben ser matemáticas". El equívoco que significa una conclusión semejante es demasiado evidente para que los mismos economistas matemáticos no hayan recha-

(1) *Wilfredo Pareto y la teoría del equilibrio económico*. — REV. FAC. C. E., octubre 1923, pág. 141.

(2) JEVONS, op. cit., pág. 56.

zado una explicación tan frágil. Arturo Labriola (1), analizando detenidamente, siguiendo a Poincaré, la naturaleza del raponamiento matemático, demuestra cómo, en definitiva, la economía no es susceptible de un tratamiento matemático *sino después que el análisis "cualitativo" ha establecido los "tipos" sobre los cuales podrán luego trabajar las matemáticas*; aparte de ello, las premisas de la economía no son *convencionales*, sino *experimentales*: fallan, por consiguiente, las dos condiciones esenciales que, según Poincaré, caracterizan a la ciencia matemática. Interesante resulta asimismo recordar, con referencia al primero de esos aspectos, la conclusión de otro matemático, Paúl Painlevé, quien, en el prólogo puesto por curiosa ironía a la traducción francesa del Tratado de Jevons (2), dice: "El razonamiento matemático no nos sirve sino de instrumento *auxiliar* y *provisorio* para deducir más cómodamente y con más seguridad *consecuencias cualitativas de premisas cualitativas*."

La pretendida demostración del carácter matemático de nuestra ciencia está, pues, planteada por Jevons en forma deficiente e indigna de él. Pero todo esto resulta ya hoy tema agotado y resuelto: el mismo profesor Dr. Gondra, a quien debemos considerar al día en su información, no ha de insistir ya sobre aquella afirmación suya de 1919, susceptible de tantos reparos.

2. — Las matemáticas como instrumento

Creemos que las consideraciones expuestas anteriormente trazan suficientemente el marco dentro del cual pueden emplearse las matemáticas en economía política. En definitiva, como esperamos haberlo demostrado, aquéllas no constituyen sino *un instrumento* para exponer *la naturaleza* de determinados aspectos de la vida económica y la calidad de las relaciones existentes entre ellos.

Para lo único que las matemáticas aparecen como indispensables es cuando se trata de representar *simbólicamente* esa situación de dependencia recíproca en que se encuentran los elementos de la relación de cambio: eso se consigue, como hemos visto, mediante un sistema de ecuaciones a resolver simultáneamente. Pero, suministrado ya el símbolo, el papel de las matemáticas ha terminado. Para nada serán ya indispensables en la ciencia económica, y creemos con Bousquet, que *ha llegado el momento de abandonarlas definitivamente* (3).

Fuera, pues, de la representación del principio de equilibrio como símbolo de la naturaleza de la relación de cambio, las matemáticas constituyen un medio que el economista no tie-

(1) LABRIOLA, op. cit., pág. 328.

(2) Prólogo a *Tratado*, de JEVONS, cit., pág. XVI.

(3) BOUSQUET. — *Essai*, cit., pág. 282.

ne en manera alguna necesidad de utilizar. En primer término, porque, como dice con acierto Labriola (1), “si el meca- nismo de la vida económica puede ser observado por investi- gaciones directas, si el examen cualitativo puede poner en claro la naturaleza de las diversas acciones económicas, tal como se presentan en el curso de la historia, no comprendemos la utilidad que pueda existir en substituir la lógica común del hecho experimental por la lógica particular de la fórmula matemática. La operación matemática es una especie de sucedáneo de la información objetiva. Suponemos que los hechos se encuentran vinculados de esa manera simbólica con que los presentan la fórmula y la sucesión de las opera- ciones, así como el vínculo que establecemos entre ellos no es sino el vínculo derivado de la operación. En las ciencias físicas esto constituye un recurso necesario. En las ciencias morales, en las cuales el proceso directo y la conexión real pueden ser observados mediante observaciones insistentes, el recurso de las matemáticas no constituye una absoluta necesidad: más aun, puede llegar también a obscurecer el problema o a substituir un conocimiento objetivo por un conocimiento simbólico. Existen casos en los cuales todo lo que podemos ver de un objeto es la sombra que proyecta sobre la tierra: pero si podemos ver el objeto directamente con los ojos, resulta ridículo contentarse con la sombra. La fórmula matemática — en nuestro caso — constituye precisamente una sombra”.

En segundo lugar, las matemáticas no sólo aparecen como superfluas en la situación expresada, sino que además resultan *insuficientes* para tratar los fenómenos complejos de la economía dinámica, esto es, de la economía real. “*El aparato matemático*, dice con razón Bousquet (2), *no puede dar razón de una economía dinámica y, a fortiori, de una economía que quiera acercarse a la realidad social*”. De ahí que, al considerar las posibilidades de renovación de nuestra ciencia, aconseje al efecto, al final de su Ensayo, “*el abandono definitivo del método matemático*”.

CAPITULO III

EL ERROR PEDAGOGICO

Las observaciones de los dos capítulos anteriores se refieren al error de concepto que se comete al presentar la economía política como una disciplina esencialmente subjetiva e individual, y a la equivocación metodológica que, como consecuencia de la concepción de nuestra ciencia como una “matemática aplicada”, lleva a establecer la “necesidad de utilizar el razonamiento matemático” y asigna a este último una función esencial en el tratamiento de la economía po-

(1) LABRIOLA, op. cit., pág. 337.

(2) BOUSQUET, *Essai, cit.*, pág. 276.

lítica. Esos errores, en cuanto repercuten sobre la enseñanza, se hacen también errores pedagógicos, pero, en el presente capítulo, nos proponemos estudiar otro aspecto particular de ese error, consistente, como dijimos al comienzo, en “el papel prácticamente excluyente que se da a la enseñanza de la economía pura” y, lo que es peor, de una mala economía pura.

Validez de la economía pura. Requisitos

Se ha explicado la constitución de la economía pura, diciendo que ella constituye la simplificación de nuestra compleja realidad económica, con el fin de obtener una más adecuada comprensión de los fenómenos esenciales que en ella se producen y de las regularidades que se observan en los mismos. “La economía pura, dijo el Dr. Gondra en su citado trabajo, *simplifica la realidad* y construye teorías abstractas, *mediante aproximaciones sucesivas*” (1). Ya vimos además cómo, según se afirmaba en ese mismo trabajo, esas construcciones de la economía pura eran *las más próximas a la realidad que era posible obtener en economía*. Quiere decir, pues, que si la economía pura no refleja *exactamente* la realidad económica, constituye una representación *muy aproximada* de sus características más esenciales.

El título, pues, para la validez de la economía pura, como para el de cualquier ciencia pura, consiste en que ella constituye *un esquema, una simplificación aproximada de la realidad*.

Concebida de esa manera, no puede objetarse realmente la existencia de una economía pura. Será siempre conveniente la existencia de ese esquema sumario de la realidad, de ese resumen aproximativo que, rigurosamente controlado, puede servir de base al teórico para oportunas deducciones. Pero corresponde ahora preguntarse: ¿La economía pura de las escuelas austriaca y de Lausanne, es decir, *la economía pura que se enseña en esta Facultad*, reúne esos requisitos que hemos mencionado?

La economía pura de las escuelas austriaca y de Lausanne

En el referido trabajo del Dr. Gondra (2) encontramos definida la concepción que de la economía pura tienen estas escuelas: “La economía pura—leemos—investiga las leyes o uniformidades constantes de los fenómenos económicos, en circunstancias determinadas: a) los hombres buscan mediante su acción económica el máximo de provecho personal, *con preferencia a otro fin cualquier*; b) conocen sobradamente

(1) *Anales Fac. C. E.*, 1919, pág. 101.

(2) *Id.* pág. 101.

sus gustos y las propiedades de las cosas para poder optar por la combinación más provechosa, entre las que son posibles; c) *son enteramente libres en su acción económica*, pues no sufren coacción de parte del Estado ni de parte de sus semejantes". Vemos en seguida que los fundamentos de esta concepción son exactamente los mismos que, hace casi un siglo, propusieron Gossen y Menger y, poco después, Walras. Y nos preguntamos en seguida: ¿Será posible que, desde entonces, la sociedad económica haya evolucionado tan poco que su fórmula esencial, enunciada esquemáticamente en esa concepción de la economía pura, haya podido mantenerse invariable? Esa "*realidad simplificada*" será igual a lo que era aún en la época de Walras? Por otra parte, y prescindiendo de toda referencia a la evolución, ¿es exacto que esa concepción de la economía pura refleja realmente nuestra realidad simplificada?

La evolución económica

Prescindiendo del antecedente de Gossen y Menger, y remontándonos sólo a la época en que Walras nos dió esa noción de la economía pura que hoy subsiste íntegramente, diremos que, en esa época, la realidad, considerada desde el punto de vista desde el cual la contemplaba Walras, coincidía, en sus líneas esenciales, con las condiciones que él presenta: se estaba aún en pleno período de libre concurrencia (véase nuestro trabajo sobre la evolución de la economía capitalista (1): el *krak* alemán de 1870, posterior a la publicación del "Tratado" de Walras, señala precisamente la época de aparición de las primeras coaliciones, que surgen como una reacción contra los excesos de la concurrencia: podía pues admitirse en principio la validez de esa premisa c), eje de la teoría: los hombres podían ser considerados libres en su acción económica.

Pero consideramos que no necesitamos insistir para demostrar que, desde entonces hasta la fecha, *la vida económica se ha transformado fundamentalmente*; el capitalismo de la libre concurrencia ha sido substituído por el capitalismo organizado y estatal de nuestros días; las industrias más importantes, dentro de los mercados nacionales e internacionales, se encuentran trustificadas o cartelizadas; la intervención del Estado va siendo cada vez más determinante; las asociaciones de trabajadores, de consumidores y de comerciantes, han ido llevando cada vez más a la constitución de un régimen en que la libre concurrencia va siendo la excepción. ¿Dónde ha quedado aquella libertad de acción de los hombres que no sufren coacción ni de parte del Estado ni de sus semejantes? ¿Dónde está la igualdad, consecuencia de aquélla?

La economía pura subjetiva o matemática sigue sin embargo insistiendo. En su afán desesperado de mantenerse

(1) *Rev. Fac. C. E.*, febrero 1927, pág. 151.

a flote, trata de quitar importancia a esa evolución, que para un observador sereno resulta indiscutible. ¿Quién habla de tendencia al monopolio en la economía actual, decía Pantaleoni? No existe tal tendencia. Lo que hay es simplemente “una preocupación por parte de los industriales en dar a las empresas las dimensiones que más les convienen”... (1) ¿Cooperativas? Pero si “las cooperativas no aportan en la organización económica ningún principio original...” (2). ¿Las coaliciones manifestación del colectivismo? Pero si “son en cambio productos o frutos del individualismo...” (3) ¿Monopolio en el cartell? (Dr. Gondra, caso personal del suscripto). Pero si la obtención de un monopolio no constituye una característica del cartell...

Se intenta así negar la evidencia. ¿Por qué? Por varias causas, de las cuales pasamos a considerar las más importantes del punto de vista científico.

Los peligros de la ciencia pura

La ciencia constituye en primer término, dice Mach, una *adaptación del pensamiento a los hechos*; de ahí que el pensamiento deba seguir de cerca la evolución de esos hechos. Pero, al mismo tiempo, agrega Mach, la ciencia es también *adaptación de los pensamientos entre sí*; en virtud de este segundo principio de la teoría de la ciencia, sucede frecuentemente que cuando la construcción teórica ha llegado a un suficiente grado de desarrollo, el pensamiento se va desvinculando, *se va independizando de los hechos*, adquiere un ritmo propio y se crea leyes internas. Llega un momento en que el elemento conservador de la ciencia rechaza o no admite sino difícilmente al elemento innovador, y de esa manera se abre inconscientemente camino la concepción de una ciencia pura, *independiente de las variaciones de la vida*.

Tal es exactamente lo que ha pasado con nuestra ciencia. Una frase de Pantaleoni refleja elocuentemente ese momento de la teoría pura en que ésta ha perdido ya todo contacto efectivo con la realidad económica: “Nuestros teoremas — escribe — (4), no son solamente válidos para los agregados de hombres de negocios, sino también para *mónadas*, supuestos absolutamente egoístas, *durante cualquier acción cuya fuerza motriz sea el egoísmo*, no importando que se trate de operaciones financieras o de otras”. A esto ha llegado a ser reducida la economía política de Quesnay, de Turgot, de Smith y de Ricardo!

(1) EROTEMI, 2ª edición, II, pág. 251.

(2) EROTEMI, II, pág. 129.

(3) Id., II, pág. 16.

(4) *Scritti vari* (ed. 1904), I, pág. 22.

La necesidad de mantener la igualdad

La necesidad de seguir sosteniendo que "los hombres son enteramente libres en su acción económica" deriva, como hemos dicho, para estas dos escuelas, del hecho de que *semejante base significa una condición indispensable para la constitución y desarrollo de sus concepciones.*

Dentro de la escuela austriaca, en efecto, la premisa de la igualdad de los sujetos económicos, resultado de su libertad, es fundamental. En su concepción, para nada juegan las diferencias de situación entre los hombres: todos son, para ellos, iguales, todos están en condiciones iguales: "solamente las cantidades de productos y las utilidades finales determinan el nivel de los precios". Debemos consignar, sin embargo, que en los últimos años ha podido notarse a este respecto una explicable reacción de algunos economistas de la escuela austriaca, que anuncia ya la próxima disolución de esta última: nos referimos especialmente a los trabajos de v. Wieser y de Schumpeter; este último, sobre todo, tratando un caso particular, ha mostrado la eficacia de las consideraciones relativas a la *desigualdad* de los sujetos económicos; sabido es que Schumpeter opone al tipo hedónico, el tipo dinámico, que no actúa ya según el principio de Gossen (1).

La necesidad de suponer la igualdad de los hombres que actúan en la vida económica resulta más imperiosa aún para la escuela matemática. En efecto: para que sus ecuaciones puedan constituirse y subsistir, cada sujeto no puede ser considerado *sino como una simple unidad, expresada por un número*; las diferencias psicológicas, las diferencias de edad y de sexo, *las diferencias sobre todo de clase y de jerarquía* que, como vimos, fueron tenidas tan en cuenta por los economistas hasta Ricardo, quedan forzosamente ignoradas en esta concepción diminuta de la economía política.

Forzadas por esas imposiciones derivadas de su propia naturaleza, puestas en el dilema angustioso de seguir fieles a ellas o de desaparecer, las economías puras de las escuelas austriaca y matemática se debaten actualmente en el vacío, y su desaparición completa, ya totalmente efectuada según declaración reciente del profesor Olariaga en esta Facultad, será en todo caso cuestión de muy poco tiempo.

La economía pura en la enseñanza de la Facultad

En la parte final de su "Ensayo" varias veces citado, Bousquet (2) analiza con todo acierto el papel que debe desempeñar la economía pura en la enseñanza de la economía política. Transcribiremos o sintetizaremos algunas de

(1) *Les nouvelles tendances de l'école autrichienne.* — BOUSQUET, *R. d'éc. polit.*, 1924.

(2) *Essai*, cit., pág. 270 y sig.

sus conclusiones, que parecen realmente escritas con motivo de la situación creada en esta Facultad.

Es menester distinguir fundamentalmente, dice con razón Bousquet, según se trate de hacer *obra de ciencia*, absolutamente desvinculada de toda consideración práctica, u *obra de enseñanza*; con respecto a esta última, dice bien que “el solo objeto de la enseñanza no es formar sabios, y quienes encaran únicamente este fin único, se colocan en ese sentido en una falsa posición”. “La enseñanza de la economía política, como la de la literatura, la de la historia, etc., persigue un fin cultural general... La economía política tiende también en las Facultades a un fin práctico. Todas estas consideraciones deben ser respetadas; el propósito científico no puede imponerse solo”. Entrando a considerar los diversos aspectos de la enseñanza, Bousquet efectúa a continuación las siguientes distinciones:

“a) *La economía general*. Aquí sobre todo es menester cuidarse de querer efectuar reformas excesivas, y desconfiar de los economistas científicos. La tendencia científica ha hecho más mal que bien en este dominio”. Refiriéndose luego al programa de la enseñanza de economía general, dice: “El *Curso de Pareto*, como asimismo los “Principios” de Barone, las lecciones de Murray, etc., comienzan con las nociones sobre la economía pura, luego viene la economía general. *Nunca será bastante criticado este procedimiento*, sobre todo cuando se trata, como en el *Curso de Pareto*, de inculcar nociones de economía a los estudiantes de derecho. Esta manera de proceder es antihistórica y antifilosófica. En virtud de ella, *los alumnos llegan a creer que la ciencia se ha iniciado con esas abstracciones*, y no pueden discernir cuál ha sido su origen. O bien, cosa más grave, pueden creer que se impone a los hechos sociales “leyes eternas e inmutables”, dicho de otra manera, *que se puede tener la pretensión de conocerlos sin estudiarlos*. Se reincide de esa suerte en todos los errores antropocéntricos, de los cuales, como lo hemos visto, apenas hemos comenzado recién a librarnos. *Con este procedimiento se corre el riesgo de desilusionar definitivamente a los estudiantes de economía política. Nada más difícil en toda ciencia que los primeros pasos*: es el momento en que se debe asimilar maneras de pensar completamente nuevas, en que el espíritu debe aprender a conocer objetos nuevos de estudio, cuyo comienzo es desconcertante. El profesor *debe hacer todo lo que esté a su alcance para facilitar la exposición*. Comenzar con definiciones sobre la “ofelilidad elemental ponderada”, sobre el “equilibrio económico”, sobre los “maximas maximorum de ofelilidad”, *desarrollar en primer lugar consideraciones secas, abstractas, teóricas, construir vastos sistemas sin apoyo sobre los hechos tangibles, constituye una excelente manera de desanimar los espíritus ávidos de instruirse*”. Se nos excusará la extensión de la cita, en aras de su oportunidad: repetimos que esas consi-

deraciones recientes del economista francés parecen realmente escritas para nuestro caso.

Bousquet se refiere luego a otros aspectos de la enseñanza, de los cuales destacaremos los siguientes: e) historia de las doctrinas; d) historia de los hechos. Ambos puntos corresponden a otros tantos vacíos fundamentales en la enseñanza de esta Facultad: historia de las doctrinas económicas no se ha hecho hasta ahora ni parece que piense hacerse en esta Casa; historia de los hechos económicos comenzará al parecer a enseñarse desde este año, en virtud del cambio del contenido de la asignatura "Historia del comercio", transformada recientemente en "*Historia económica*": en otra oportunidad, volveremos más extensamente sobre esta modificación: ahora nos limitaremos a decir que la consideramos equivocada y resultado, como tantos otros, de esa orientación pedagógica de los profesores de economía política cuya crítica hemos efectuado. Dichos profesores, en efecto, han repudiado como extraña a su ciencia toda consideración relativa a los hechos económicos. "La historia económica, dicen (1) *no es la ciencia, sino antes bien, el conjunto de los hechos que la ciencia tiene por objeto de sus investigaciones: suscita y motiva la ciencia y ésta, por su parte, presupone a la historia*". Consideramos doblemente equivocada esta conclusión: 1) del punto de vista científico, porque si bien es explicable que, para Pantaleoni, a quien se cita como apoyo en ese artículo, "la investigación de *premisas para teoremas económicos* es un simple prolegómeno del punto de vista del economista", ello es así como consecuencia de la alteración fundamental del contenido de nuestra ciencia, que hemos analizado en el presente estudio; 2) del punto de vista pedagógico, porque aunque esa conclusión fuera científicamente exacta, que no lo es, *la enseñanza de nuestra ciencia debe ir correlativamente acompañada del estudio de los hechos económicos, "realizado en el cuadro de las ideas generales que presiden al resto de la enseñanza económica"*. Ese divorcio que se pretende hacer entre la enseñanza de los hechos y la de la teoría constituye una grave equivocación pedagógica, expresión acabada de un estado de espíritu contra el cual ha llegado necesariamente el momento de reaccionar.

Sintetizando las conclusiones de este capítulo, diremos pues que no puede en realidad objetarse la existencia de una economía pura, simplificación aproximada de la realidad concreta, pero eso a condición de que mantenga permanentemente el contacto con esa realidad y constituya un reflejo fiel de sus características esenciales. Como la economía pura que se enseña en esta Facultad está muy distante de satisfacer esos requisitos, se impone su reforma inmediata.

Además, la enseñanza de la economía política no podrá

(1) *Anales Fac. C. E.*, 1919, pág. 105.

en manera alguna estar constituida exclusivamente por la de la economía pura: esta última, deberá a lo sumo constituir un simple agregado final, especie de resumen de las enseñanzas de la economía general. Por otra parte, el estudio de esa economía general deberá ir necesariamente acompañado del de las doctrinas y hechos económicos, complemento indispensable de la enseñanza de nuestra ciencia.



La enseñanza y los programas. Conclusiones

Hemos dicho ya que los programas de economía política de esta Facultad no exteriorizan realmente la enseñanza que en ella se imparte. Invocamos, al efecto, el testimonio de los alumnos, cuyas quejas nos han llegado, y el de los profesores de otras asignaturas que han participado en las mesas examinadoras respectivas; personalmente, por otra parte, hemos oído recientemente esa declaración de que "la economía política está toda en el segundo teorema de Gossen", que muestra elocuentemente cuál es el criterio real con que se encara nuestra materia. Tenemos a la vista, además, esas conclusiones del Dr. Gondra, consignadas en su trabajo citado, y no sabemos que hasta la fecha hayan sido públicamente rectificadas. Otro elemento de juicio lo constituye el hecho de que los dos textos esenciales, utilizados en la enseñanza y aconsejados ya por el solo hecho de haber realizado su traducción, son los "Principii di economia pura", de Pantaleoni, traducidos por el Dr. Gondra, y los *Principii di Economia politica* (matemática), traducidos por el Dr. Mauricio Nirenshtein; esos dos libros están acompañados además, en las respectivas referencias bibliográficas de los dos programas, por la producción completa de Pareto y Pantaleoni, siendo de notar que, salvo la inclusión de Marshall, *todos los demás tratados de carácter general que los profesores recomiendan son de economistas pertenecientes a las escuelas austriaca y matemática.*

Tomemos pues con reservas el contenido aparente de los programas. Sin embargo, aún considerando también estos últimos, nos es dado señalar el error del concepto que hemos analizado. Si se recorre el programa de la 1.ª parte, que consta de 11 bolillas, se observará que una está enteramente dedicada al principio hedónico, otra al estudio de la necesidad, otra al de la utilidad final, otra al del equilibrio económico, otra a la economía matemática: la mitad del programa, pues, aparece ostensiblemente inspirada en ese punto de vista subjetivo e individual cuya crítica hemos efectuado, sin contar con que el resto del mismo puede ser estudiado, y lo es efectivamente, con un criterio semejante.

En el programa de la segunda parte, encontramos un cambio significativo de panorama. Salvo una referencia modesta de la última bolilla a la economía matemática, el con-

tenido del curso podría perfectamente haber sido propuesto por un economista "literario". Vemos figurar en efecto ciertas referencias de historia económica, lucha de clases, socialismo, marxismo, toda una bolilla para el régimen de coalición, etc., etc. Pero, repetimos, tomémoslo con reservas. Las ideas del profesor que ha redactado ese programa, analizadas en nuestro estudio, definen claramente su posición; que nosotros lo sepamos, no han sido, como hemos dicho, públicamente rectificadas. Esa afirmación suya que hemos oído en clase no hace pensar por cierto en la rectificación. Sin embargo, si estas líneas nuestras la provocaran, nuestro objeto habría sido llenado en sumo grado. Con verdadera satisfacción veríamos a ese profesor emancipado de unas teorías que condenan necesariamente a nuestra ciencia, no sólo al estancamiento sino también a la disolución.

Obligados a sintetizar, dentro del plan de nuestro trabajo, hemos presentado escuetamente los argumentos y conclusiones, en virtud de los cuales afirmamos que en esta Facultad se enseña, con métodos deficientes, una economía política equivocada del punto de vista científico. Hemos tratado de demostrar que la economía política, tal como resulta de su propia naturaleza y de la forma como ha sido planteada en el curso de la investigación histórica, debe constituir un estudio *objetivo* de la actividad económica *de los hombres asociados*, a través de sus manifestaciones *sociales, generales*; la concepción individual o subjetiva, que se introduce en un momento dado en la ciencia en virtud de las razones que hemos expuesto, lleva en definitiva a considerar esencialmente a la actividad económica, como un estudio de los fenómenos que se producen *en la conciencia individual*, exteriorizado en la adopción del principio subjetivo de la *utilidad* como fundamento de la ciencia; encarada de esa manera, la actividad económica constituirá, si se quiere, la materia de una Teoría de la Elección, que la economía política podrá tener en cuenta, pero que no formará en realidad parte integrante de ella. Consecuencia de esa posición equivocada hemos visto que ha sido la reducción esencial de la economía política a un estudio de las razones de cambio, perfeccionado luego con la introducción del principio del equilibrio económico; pero ese principio, expresado matemáticamente mediante un sistema de ecuaciones a resolver simultáneamente, no constituye en definitiva sino *un símbolo* para representar el estado de interdependencia en que se encuentran los fenómenos económicos; cuando se ha querido partir de él para obtener, mediante deducciones por vía matemática, una correlación matemática de los fenómenos económicos, se ha hecho, en último término, tarea de matemático y no de economista.

Las matemáticas, lo hemos demostrado, no pueden considerarse sino *un instrumento*, eficaz en unos casos, insuficiente en la mayor parte de los otros: cuando se las encara como un fin, dejan necesariamente de interesar al economista.

Dijimos asimismo que si la economía política quiere renovar debidamente su instrumental, *deberá eliminar la hipótesis del "homo economicus"* y, encarándose con la realidad económica *actual*, cuya fórmula ha dejado hace tiempo de ser el *individualismo* y la *libre concurrencia*, debe tratarla con aquellos procedimientos realistas de los economistas preclásicos y aún clásicos, *teniendo en cuenta la separación de los hombres en clases económicas y la jerarquía económica que esa separación implica* y que constituye la forma histórica tomada por la sociedad económica en la cual el individuo va a adaptar su acción.

Esto en cuanto al contenido y método de la ciencia. En lo que se refiere al aspecto pedagógico de la cuestión, hemos mostrado que la economía pura, objeto esencial de la enseñanza que aquí se imparte — a pesar, repetimos, de lo que puedan decir los programas respectivos, — no debe comprender sino una parte reducida de aquélla, y eso siempre que se la ponga en concordancia con los principios antes enunciados. Señalamos además el error científico y pedagógico que se comete al separar el estudio de los hechos económicos del de la teoría respectiva y, finalmente, el vacío injustificable que significa la ausencia de toda consideración relativa a la historia de las doctrinas económicas.

Quedan puntualizadas, de esta manera, nuestras observaciones a la enseñanza de la economía política en esta Facultad. Gradualmente, las iremos desarrollando como corresponde. Antes de terminar, deseamos manifestar nuevamente que sólo nos ha llevado a asumir esta actitud un propósito de colaboración intelectual con los profesores de la asignatura, a los que rendimos el homenaje de nuestra consideración por su intento plausible de elevar el nivel de la enseñanza. Pero esa misma consideración que nos merecen nos impedía silenciar los que consideramos sus errores, de repercusión grave sobre la enseñanza de la asignatura. Por encima de todo, lo que deseamos es que los estudiantes de la Facultad puedan, como lo decíamos en la nota que encabeza estas líneas, "conocer e interpretar científicamente esta palpitante realidad económica de hoy, tan rica en fenómenos y formas nuevas". Como consideramos que eso no lo consiguen actualmente, hacemos oír nuestra voz para que ese estado de cosas sea corregido cuanto antes.

Augusto CONTE MAC DONELL

Profesor suplente de Legislación
del Trabajo.